

# El Sol de Mayo

(Fragmento)

Por Juan A. MATEOS

## CAPITULO XIX

### I

Al terminar la gloriosa jornada de las Cumbres de Acultzingo, el general Zaragoza emprendió su movimiento retrógrado, buscando un sitio a propósito para batir con éxito al ejército francés.

Varias veces se había detenido en su tránsito y recorrido los accidentes del terreno buscando las probabilidades del triunfo; pero desconfiado y receloso continuaba en su peregrinación, trayendo a una jornada de distancia al enemigo, que no cesaba de escaramucear con las guerrillas.

El 3 de mayo de ese año histórico de 1862, llegó con su ejército al frente de Puebla, dejando a retaguardia de los franceses una brigada de caballería.

La ciudad se puso en alarma; un sopor de muerte pesó sobre aquella atmósfera siempre pura, y el silencio de la expectativa tenía embargados a los habitantes y al mismo ejército.

Los batallones desfilaron sombríos por las calles abandonadas, y al son compasado de los parches, entraban en sus cuarteles.

El general Zaragoza, seguido del cuartelmaestre y su Estado Mayor, subió a practicar un reconocimiento a los cerros de Loreto y Guadalupe.

El bravo general, montado en un soberbio caballo y puesto arrogantemente sobre la gigante cúspide de aquella montaña, era una estatua ecuestre que simbolizaba el hecho más glorioso de nuestra historia contemporánea.

¡Zaragoza ignoraba que las herraduras de su corcel descansaban sobre ese pedestal que a las pocas horas debía levantarle la fortuna, y desde donde le contemplarían cien y cien generaciones en el recuerdo de las glorias patrias!

Tender su vista de águila, contemplar la llanura, las montañas próximas y la ciudad, abarcar las distancias y concebir simultáneamente su plan de campaña, fue obra de un momento, porque volviéndose a los generales que lo contemplaban en silencio, dijo con firme voz y ronco acento: "*Aquí*", y tendió su mano señalando el campo de batalla.

Aquella palabra era un reto al destino, un aplazamiento a la victoria.

El relámpago del genio había surcado por su cerebro.

El aliento de Dios había pasado por su inteligencia.

En el espejismo misterioso de su alma, vio al ángel de la victoria: aquella visión era el apocalipsis del heroísmo en la irradiación de su espíritu batallador.

### II

La fama del ejército francés, transmitida en los gloriosos episodios, traídos en las últimas horas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, habían dado un prestigio sobrehumano a aquellos soldados, que llevaban en sus estandartes el laurel de la primera victoria cosechado en las montañas de la Mesa Central.

Nuestro ejército se sentía desconfiado, y para decirlo de una vez, comenzaba a perder la moral, levantada después a la vista del entusiasmo y de la fe de nuestros caudillos.

Inferior en número, rebajado en el paralelo de instrucción y disciplina, sin más elemento que el valor y la abnegación, en el terreno de los hechos y de la verdad práctica no podía luchar con el ejército francés.

Aquí acaban los cálculos de la mezquina inteligencia humana, para dar paso al juicio de Dios.

Un incidente terrible vino a dar tintas más oscuras a la situación.

Las hordas ensangrentadas, último y asqueroso resquicio de una bandería nefanda que se hundía en el fango del oprobio, se sintió alentada con los motines de Córdoba y Orizaba, y se dirigía en masa a prestar su apoyo al extranjero.

De aquel pequeño ejército que esperaba ya descansando sobre sus armas la llegada del invasor, se desprendieron dos mil

hombres a contener las chusmas reaccionarias, quedando aún más debilitado con aquella forzosa sangría.

Zaragoza no vaciló un solo momento después de su irrevocable resolución.

Se creía invencible en su sentimiento de inspirado y en el juicio de su patriotismo.

### III

Levantóse una fortificación pasajera en los cerros de Loreto y Guadalupe, y a la madrugada del día 4, el general Negrete ocupó esas posiciones con una división de 1,200 hombres, reforzándolos con dos baterías de batalla y de montaña.

En la plaza de San José se formaron tres columnas de ataque de a mil hombres, teniendo a la cabeza a los bizarros generales Berriozábal, Díaz y Lamadrid.

Quinientos caballos al mando del general Álvarez, y una batería apoyarían el movimiento.

*Cuatro mil setecientos hombres*, he aquí el total de fuerzas con que contaba el ejército de la República para aventurarse en el primer encuentro.

Pasóse el día en la mayor ansiedad, esperando el avance del ejército francés.

El impasible general Zaragoza no podía determinar aún su plan de campaña, porque ignoraba la actitud que guardaría el ejército enemigo, así es que, centinela de aquellos hombres fiados a su valor para la defensa de la patria, esperaba sereno el momento del combate.

La ciudad callaba con ese silencio religioso del testigo ante un gran acontecimiento.

Las cajas enmudecieron y las banderas yacían plegadas, esperando los primeros alientos de la batalla para mecerse sobre sus astas.

Toda aquella muchedumbre tenía fija en una sola mirada toda su atención; estaba vuelta al Oriente, por donde debían aparecer los ejércitos de la Francia.

El general Zaragoza recibió una parte de Amozoc, en que se le avisaba que Laurencez se detendría en ese punto toda la noche y al amanecer emprendería su marcha sobre las posiciones republicanas.

Avanzáronse grandes trozos de caballería hacia el camino de Amozoc, y las tropas tornaron a sus cuarteles; la palabra "*mañana*" circulaba por todos los labios.

El valiente general a través de un escape delante de sus tropas, repitiendo con torvo acento como un sonámbulo:

—¡*Mañana!*... ¡*mañana!*...

### IV

El general Almonte había levantado su campo de Orizaba, y venía cargando la jefatura suprema, caminando como un vivandero político tras el ejército francés.

Haro, el clérigo Miranda y los satélites del gobierno usurpador, pidiendo plaza para su administración.

Laurencez, general en jefe del ejército de la conquista, veía con alto desdén a la turba conservadora; no obstante, tenía la obligación de apoyar a Almonte, que se hizo llamar modestamente general en jefe del ejército mexicano.

La noche del 4 de mayo celebraban en Amozoc una última junta los intervencionistas con el jefe de la expedición.

—He aquí las cartas —decía Almonte—, en que se me asegura que seremos recibidos con flores y arcos de triunfo por la ciudad de Puebla; no puedo desconfiar del dicho de personas tan respetables.

Haro, dándose los aires de un veterano, añadió:

—Si hay resistencia por parte de Zaragoza, no creo que haya obstáculo para emprender un ataque; Puebla ha sido el teatro de mis campañas, y yo podré indicar el plan más oportuno para que caiga en nuestro poder.

—Yo lo que deseo saber —dijo Laurencez—, es si el general Zaragoza me espera a pie firme y puedo contar con el pueblo de la ciudad para el evento de una tenaz resistencia.

—Es un hecho —contestó Almonte—, las *masas* están minadas, comprometidas de antemano; he aquí los despachos de los principales; sólo están en espera de nuestra llegada para lan-

zarse como tigres sobre ese ejército que acabáis de derrotar en las Cumbres de Acultzingo.

Laurencez comprendía que no era tan sencilla la toma de Puebla, toda vez que los mexicanos se pusieron en situación de defensa; y ese pobre general, mezquino para tan grande empresa, no quemaría las naves como el conquistador Hernando de Cortés.

Su carácter orgulloso, y el éxito feliz que tuvo en el primer encuentro con las tropas mexicanas, le hacía soñar hasta con el bastón de mariscal y creerse uno de los héroes del siglo xvi.

Puede ser que el destino le proporcionase dar un salto como a Pedro de Alvarado en la *noche triste*; con la sola diferencia que este Alvarado moderno lo daría para atrás.

Fluctuaba el desgraciado entre las densas sombras de la duda, que no podían disipar los discursos y protestas de los intervencionistas sobre una fácil victoria, cuando recibió un parte de Puebla en que se le comunicaba que Zaragoza tomaba posiciones en los cerros que velan la ciudad como las esfinges de los antiguos.

—Esas montañas —dijo Haro— son nada en comparación de las Cumbres de Acultzingo, y serán tomadas al primer impulso.

—Tengo fe en los soldados de la Francia; ellos jamás han retrocedido, y no sería en este país donde la bandera de Napoleón III sufriera una derrota.

—Señores —dijo Saligny—, hasta hoy ninguno de nuestros cálculos ha salido fallido; lo único que nos inquietaba eran las posiciones del *Chiquihuite*, y ésas yo las he tomado con una proclama; lo demás del camino está allanado; al pasar por Puebla he visto las fortificaciones, que caerán al primer cañonazo; nuestro es el porvenir.

—Poca es la gloria que vais a cosechar, señor Laurencez —dijo Almonte—; batir a esas chusmas desprestigiadas tras unos parapetos, sarcasmo del arte de la guerra, apenas puede lisonjear el ejército francés.

—Me sería fácil —dijo el comandante en jefe— tomar la ciudad; pero quiero darle el último golpe a ese ejército, lo batiré en sus posiciones y clavaré mi bandera victoriosa en los fortines de Guadalupe.

—Yo desearía —observó Haro— que prescindiendo de las ideas de gloria, nos ocupásemos sólo de tomar la plaza.

—Caballero —dijo algo exaltado Laurencez—, a los soldados de la Francia les importa más el nombre que la posesión de una ciudad. Además, que tomando las montañas y derrotando a Zaragoza, nos abrimos las puertas de la capital, no así dejándole en pie, porque le doy lugar a la retirada.

—El general tiene razón —dijo Almonte tratando de halagar a su tutor.

—Ésta es una opinión como otra cualquiera —añadió Saligny—, que no importa una ofensa ni una lección a mis compatriotas.

—Estoy muy lejos de eso —respondió Haro—, no desconfío en manera alguna del éxito.

Laurencez inflaba los carrillos lleno de vanidad como un pavo.

—Mañana tomaremos la sopa en la ciudad de los Ángeles —dijo con arrogancia Saligny—; en otra cosa podría haber duda.

—Mañana —agregó Laurencez— tomaré cuarteles en Puebla.

Seguramente aquellos hombres, entregados a las dulces ilusiones de la victoria, ignoraban que la vía de flores soñada durante tanto tiempo ocultaba abrojos punzadores que atravesarían en el calvario de la derrota.

## CAPITULO XX

Estamos en las primeras horas del 5 de mayo de 1862.

Los celajes de la mañana comienzan a sonrosarse en el confín de un horizonte claro por las brisas purísimas de la madrugada.

¡En el fondo del cielo levanta su frente la Malíncint como la deidad ante la cual se posternaron nuestros mayores, y más allá esos dos gigantes hermosos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el Popocatepetl y el Ixtlacíhuatl!

El Atoyac corre tranquilo rompiendo en las márgenes de flores sus cristales transparentes.

La lluvia de la noche, convertida en perlas y brillantes, oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La extensión está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo a desaparecer y dejando limpia y transparente esa gasa que media entre el cielo y el abismo.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza a iluminar su blanco caserío, y sus agujas se destacan con majestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazón de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hacia el Oriente.

Aquel monstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho de su enemigo.

Todo aquel ruido sombrío se apaga y el silencio recobra su majestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mañana por aquellas rocas, no sospecharía ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

## II

¡Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad y las montañas y la llanura, y vibrando en un cambiante de gloria sobre las armas de nuestro ejército, dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerandos nacidos en la hora primera de nuestra independencia!...

Las sonoras campanas de la basílica dieron el toque del *Ave María*, y como si aquel toque hubiese sido, no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba a combatir rompieron en sonos marciales, a los que respondieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas.

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y se desplegaba sobre el campo de la lid llamando a la lucha a sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz había sido llamada por Dios en el cuarto día del *Génesis*, llevaría la gloriosa memoria de una batalla a las regiones occidentales.

## III

La verdad histórica suple en esta vez a la imaginación del novelista: oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hacia la parte occidental de su campamento.

El ala derecha de su línea la cubren los invencibles cuerpos de Oaxaca, los compañeros de aquellos valientes que guardan las tumbas abiertas por el incendio en San Andrés Chalchicomula.

Allí se ostentan los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oaxaca.

El centro, que es el lugar de honor, lo ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete a la cabeza de 1,200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates y se sentía capaz de afrontar el choque enemigo por formidable que fuese.

La artillería sobrante se situó sobre los fortines de la ciudad.

Zaragoza asumió entonces la actitud histórica que determinó en ese día su gigante figura en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz había algo de sombrío.

Napoleón I estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.

## IV

Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantáneamente una detonación.

¡El enemigo estaba a la vista!

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad, e hizo discurrir un frío terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba a la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en su cerebro, y la inspiración cernió sus alas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos ijares de su corcel y se avanzó a sus soldados, que yacían inmóviles viendo el camino por donde comenzaba a aparecer el enemigo.

—¡Soldados! —gritó con voz de trueno—; os habéis portado como héroes combatiendo por la Reforma; vuestros esfuerzos

han sido coronados siempre del mejor éxito, y no una, sino infinidad de veces habéis hecho doblar la cerviz a nuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalajara y Calpulálpam, son nombres que habéis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais a pelear por un objeto sagrado; vais a pelear por la Patria, y yo me prometo que en la presente jornada le conquistaréis un día de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatar vuestra patria. ¡Soldados!... *leo en vuestra frente la victoria*. Fe y... ¡viva la independencia nacional!... ¡viva la patria!

Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrasador de la esperanza.

Zaragoza recorrió la línea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo, una esperanza para el porvenir.

Las dianas, las músicas, los gritos de entusiasmo, se sucedían como el fuego de la erupción.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate.

Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella fiesta patriótica calló repentinamente al toque de atención dado por el clarín de órdenes del general.

## V

Las guerrillas de caballería venían batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó a lo largo del camino iniciándose la batalla frente a la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa se cargó a su flanco derecho y en su movimiento oblicuo llegó al pie del cerro de Amalucan, apoyándose en la hacienda de los Álamos, mientras sus



Ignacio Zaragoza, linóleo de Erasto Cortés Juárez

baterías se situaron convenientemente frente a las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco, y con la rapidez del rayo dio otro orden a su batalla.

Berriozábal, con la división de México, ascendió a paso veloz por las rocas y se situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra a ese bravo general el orden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Álvarez, con los carabineros, cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha, formando ángulo con los fortines, se extendía la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe a la plaza de Román, frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro y sobre el camino que sale para la garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid, que se prolongaba en línea de batalla hasta la iglesia de los Remedios.

Cerraba el costado derecho la división de Oaxaca, apoyada en la plazuela de Román con su dotación de artillería, y a la espalda los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Tal era la situación de los combatientes momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo a su cuartelmaestre:

—Señor general, las once y tres cuartos.

A esa hora había comenzado la batalla de Waterloo.

## VI

De aquella nube tormentosa posada en la cima de Amalucan se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder a la catarata.

Los zuavos se desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se repliegan hasta ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de a mil hombres caminan sobre su flanco derecho en dirección al cerro de Guadalupe.

Pasan a lo largo del pie de la montaña siempre en movimiento oblicuo, hasta ponerse a tiro de cañón de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia no desmentían esa fama que ha llegado a la apoteosis; caminaban serenos, impassibles, arrastrando en su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio de aquel huracán de proyectiles, y responden a la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atravesaban lentas y silenciosas el espacio de Rementería que media entre Amalucan y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendían por las rocas ocultándose de los defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo, y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la división Berriozábal se lanzó como el huracán al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron, y la sangre corrió a torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en buen orden, hasta ponerse fuera de tiro.

Un momento bastó para que se repusieran en su moral; los clarines tocaban a ataque y las columnas tornaron a embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperación de la derrota, desafiaban a la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba a paso de carga en medio de una tormenta de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce y nuestra línea de batalla permanecía como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimientos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea, que los recibe a la bayoneta.

Negrete, que había mandado a los zacapoaxtlas ponerse pecho a tierra, gritó con ese acento que Dios le presta sólo a los buenos hijos de una patria agonizante:

—¡Ahora, en nombre de Dios, nosotros!

Aquella voz fue la evocación sagrada al genio de la victo-

ria, porque la columna francesa fue arrollada completamente y puesta en dispersión.

La gritería, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del francés se mezclaba la aguda *gama* del zacapoaxtla y el grito burlón de nuestros soldados del pueblo, apenas distinguidos entre los tiros y los clamores de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo avisa al general Álvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna, que con una serenidad admirable se repliega a su campo batiéndose en retirada.

No habían pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

## VIII

Laurencez estaba perdido y desmoralizado; dos ataques con un éxito desgraciado lo tenían casi demente.

Se propone una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna a dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha de la batalla de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate a la bayoneta.

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionan de ella, y son arrojados por los zapadores; la tornan a recobrar, y una lucha más sangrienta aún se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre los zuavos y se bate cuerpo a cuerpo con el arrogante soldado francés, y el guión de los zuavos pasa a sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazón.

—Señor general —grita Haro a Laurencez—, habéis perdido en tres encuentros; dadme las fuerzas que os quedan, y me comprometo a tomar la ciudad por el lado del Carmen; ha sucedido lo que anoche os he pronosticado, el orgullo militar os ha perdido.

—¿Y quién sois vos —gritó Laurencez— para atreveros a un general del ejército francés?

—No es tiempo de recriminaciones; reunid vuestra gente y emprended el ataque como os indico, porque esa columna que va sobre Guadalupe será derrotada irremisiblemente.

—Callad, caballero, y dejadme; aún tengo fe en mis soldados.

—Haced que se bata todo el 99 de línea, aún podéis pretender una victoria.

—¿Y con qué me retiro? —dijo Laurencez sin pensar en la prenda que había soltado.

Haro y Almonte se vieron con asombro; Laurencez tenía razón.

Los mexicanos que militaban a la orden de los franceses estaban admirados, no podían creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creían presa de una pesadilla horrible.

## IX

Las nubes se habían condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Obscureció el cielo y una sombra cayó sobre aquel campo escarbado y lleno de cadáveres.

Desprendióse una horrible tormenta confundiendo los truenos del rayo con las detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó a torrentes envolviendo a los batalladores.

La lluvia había determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendía con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar el asalto.

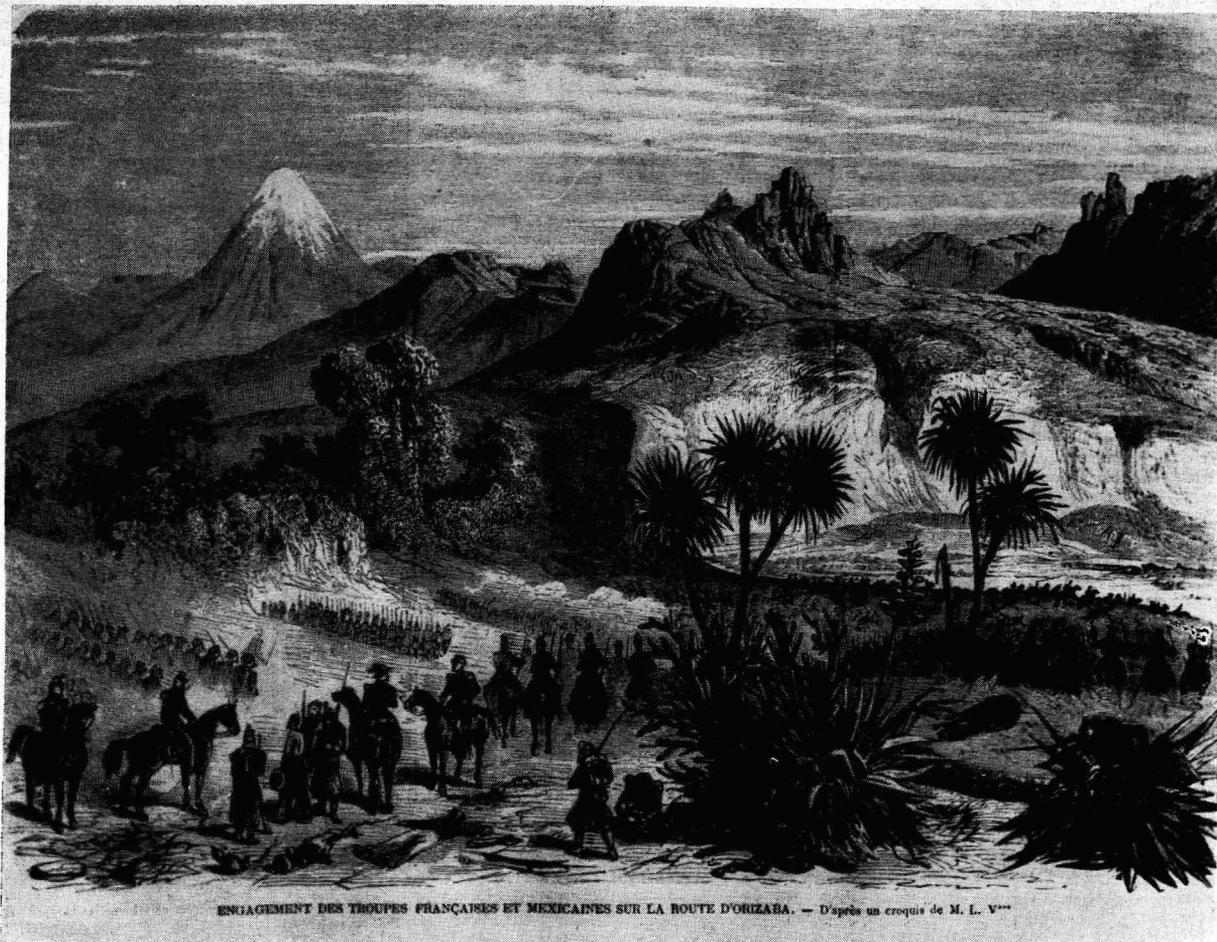
Comprometiéndose el combate de una manera terrible; Zaragoza, que veía lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió a paso veloz al batallón Reforma en auxilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos saltaron las trincheras; jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto había una pieza de batalla que hacía un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenía en las manos el proyectil que iba a colocar en la boca del cañón, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo había llegado al parapeto.



ENGAGEMENT DES TROUPES FRANÇAISES ET MEXICAINES SUR LA ROUTE D'ORIZABA. — D'après un croquis de M. L. V.

*Los franceses y los traidores camino de Orizaba*

Tras de aquel hombre venía una multitud que, una vez apoderados del fortín, levantarían la moral de su ejército y se perdería en un instante la gloria adquirida a costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil a la cabeza de su adversario, que, herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló a los franceses y gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habían tocado con sus manos las piedras de los fortines no sobrevivieron a la catástrofe de su ejército ni a la derrota de su bandera.

## X

Cuando las columnas enviadas por Laurencez llegaban a los fortines de Guadalupe y Loreto, las fuerzas francesas se destacaban a la posición del general Díaz, avanzando protegidas por un escuadrón y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en auxilio del batallón de San Luis que estaba a punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna al batallón Guerrero a las órdenes de Jiménez, desplegando instantáneamente su batalla ganando el terreno a los franceses.

Empeñóse un serio combate siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habían adelantado tanto hacia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna a quedar aislada y comprometida; entonces el general Díaz envió a los batallones primero y segundo de Oaxaca, al mando de Espinosa y Loeza, dando un impulso tan formidable con aquel auxilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecía.

El éxito alentó al joven caudillo, que destacó al batallón Morelos, reserva de la línea y mandado por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó la izquierda, y por la derecha envió a Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oaxaca.

Díaz quedó dueño del campo, y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar a sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez bajan de Guadalupe esparcidas y en completa dispersión, rechazadas en su última intentona y replegándose a la hacienda de San José.

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente a la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender a sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersión, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperado como un miserable, sin atreverse a levantarse la tapa de los sesos como Lord Reglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reducto del Malakoff.

## XI

La tempestad se había alejado en el horizonte arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendaval.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al occidente, inundaban la extensión reflejando en visos de escarlata sobre los volcanes y extendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba a vuelo, la población acudía en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El general Zaragoza, que había permanecido durante la acción en la iglesia de los Remedios, desde donde había dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heroicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una sola palabra, embargado por la más santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensación; los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienas circundadas con el lauro inmarcesible de la victoria.

El sol de mayo alumbraba aquella grandiosa escena y se tendía en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoración de un ejército y semidiós en el templo de la patria.

El pabellón tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se había levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, prosternando a su paso a las naciones agueridas del viejo continente.

Había llamado desde lo alto de sus glorias al genio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrión para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas a sus laureles en la más negra de las derrotas.

De hoy más el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nación francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el cuartel de los Inválidos a orillas del Sena.